

La imposibilidad del relato lineal en cuarentena

María Sandra Müller¹

Resumen

Este artículo pretende y propone un recorrido personal por los días interminables de aislamiento, donde virtualidad y pandemia se presentan como ideas fuerza inseparables. En este contexto tan extraño que nos tocó vivir, la empatía se vuelve hilo conductor cuando sensaciones y afectos, el trabajo y las imágenes que recibimos por medio de las pantallas que nos rodean, se fusionan en una mezcla cotidiana. El modo ensayo aparece como necesidad cuando todo se siente onírico y la imposibilidad del relato lineal, la narración más clásica, se hace evidente.

Palabras clave: relato, virtualidad, pandemia, sensaciones, afectos, trabajo, imágenes.

Abstract

This article proposes a personal trip through the endless days of isolation, where virtuality and pandemic are presented as inseparable ideas. Empathy is the common thread in this context so strange that we have to live through, where the sensations, affections, work and images that we receive by the screens that surround us merge into a daily hodgepodge. The essay appears as a necessity when everything feels dreamlike and the impossibility of the linear story, the more classic narrative becomes evident.

¹ Docente titular de la Universidad de Belgrano de la carrera Producción y Dirección de TV, Cine y Radio. Doctoranda del Programa Interuniversitario de Doctorado en Educación (UNTREF, UNSAM, UNLA). Profesora en Docencia Superior (UTN-2014). Magíster y Especialista en Educación, lenguajes y medios (UNSAM-2013). Licenciada en Comunicación Audiovisual (UNSAM-2001). Productora y Directora de radio y televisión (ISER-1996). Diplomada en Educación Permanente de Jóvenes y Adultos (UMET-2019). Docente de la Universidad de Palermo y del CENS 69. Directora del CENS 26 (secundario para adultos dependiente del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad).

Key words: story, virtuality, pandemic, sensations, affections, work, images.

Introducción

La propuesta “Pandemia y virtualidad” para este nuevo número de la revista, y en especial, la generosa posibilidad del abordaje desde múltiples perspectivas: trabajo, educación, alimentación, actividad física, ecología, economía, justicia, salud mental, pobreza... me animó a esta suerte de ensayo. Decido aproximarme a ellas como un todo, porque la mezcolanza es inevitable y las categorías en este contexto de ASPO parecen inescindibles.

Se me ocurre, para intentar un escrito aplicado, dividir en apartados temáticos. Sin embargo, me veo en la obligación de declarar que no habrá un ordenamiento cronológicamente estricto, porque desde que nos vimos en la necesidad de aislarnos, el trabajo se nos metió en casa y ya no hay “afuera”, emociones y responsabilidades se amalgaman, los tiempos y los espacios se desdibujan.

Lo primero que me viene a la mente es un libro de Bruner (2003) “La fábrica de historias”, que me interpela sobremanera en esta situación de confinamiento donde todo parece onírico, y como en cualquier sueño la imposibilidad del relato lineal, de una narración más canónica y clásica en términos de Bordwell (1996), se hace evidente. Porque si bien hay comienzo y nudo -la maraña y el conflicto del relato- no hay desenlace que esté al alcance, al menos hasta el desarrollo de la vacuna, porque todo sigue siendo incertidumbre y espera.

La medianera entre el mundo del “afuera” y mi mundo -el de adentro de casa- parece haberse alzado y engrosado, está fortalecida, y los intersticios yacen en las pantallas. De aquí también la necesidad de escribir en modo ensayo, poner en primer término las subjetividades comprometiendo la objetividad, el texto escrito en forma de expresión oral, “el yoyo-el mimi” de Mariana Enríquez (2020), y porque narrar nunca es neutral. Narrar es un acto interpretativo que hace del relato una versión, en este caso la mía, mi perspectiva particular.

Invito a los lectores de este artículo a acompañarme en mi remolino diario, a recorrer las etapas que atravesé durante la cuarentena, donde indefectiblemente pandemia y virtualidad surgen enlazadas. Presiento que la empatía puede volverse hilo conductor, y la oferta manifiesta a repensar conmigo una o dos reflexiones.

Las imágenes

Vacaciones en la playa. En el noticioso anuncian un virus, nuevo, desconocido, lo comparan con el SARS y con la gripe española. Creo que fueron las primeras advertencias. Fotos en la pantalla de TV. Un hombre muerto en plena calle de Wuhan mientras pasan por al lado ciclistas indolentes. Imágenes que se funden de mercados atestados, desordenados, jaulas por dondequiera, mercados muy distintos a los nuestros, cultura gastronómica ancestral. Una mujer estira las alas de un murciélago. Los chinos están construyendo hospitales en tiempo record. En Singapur los pasajeros bajan del avión y los reciben con rociadores seres escapados de la ciencia ficción más distópica. De blanco de la cabeza a los pies, trajes semiespaciales.

Europa está prendida fuego. Los médicos deciden quién vive y quién muere, no hay esperanza para todos en sistemas de salud colapsados. Se empieza a hablar de cuarentena, los países que no se decidieron a tiempo la están pasando mal. La gente canta desde los balcones en Italia. Fotografías de calles desiertas pueblan Facebook –Champs Elysées, Trafalgar Square, Alexanderplatz, Plaza Mayor- o con animalitos salvajes que se atreven a invadir la civilización. Los muertos se apilan en Nueva York. Tumbas. Muchísimas tumbas. Algunas comunes, algunas más ordenadas. En Rikers, una arriba de la otra cavada por los presos. Hay una representación gráfica del virus en los canales de televisión, una bola negra con antenitas que gira, macabra, ladina. Escucho una ambulancia y se me para el corazón, ¿estará yendo a casa de mis padres? Pasan muchas sirenas, demasiadas.

En la escuela comienzan a llegar los protocolos. Ilustraciones de canillas, agua, jabón, espuma, manos, para la cartelera. Hay que registrar e informar sobre estudiantes

ingresados al país desde el exterior. En la Universidad anuncian que posiblemente pasemos a la virtualidad. Signos de pregunta interminables.

Las sensaciones

El aislamiento social, preventivo y obligatorio es decreto. Quiero lo de antes, extraño todo y no soy feliz. Se me juntan mil sensaciones al mismo tiempo. La tristeza, la incertidumbre, el temor a morir sola en una cama de lona improvisada en Campo de Mayo. La injusticia, la falta de comunicación en los parámetros que solíamos tener, lo inmanejable. Lo desconocido que me causa una ansiedad inenarrable. Estoy desolada, me fue imposible prever esto, nadie pudo prever esto. El pijama de la cintura para abajo y las pantuflas de unicornio inciden en el bajón generalizado, en este remolino sensorial. Voy a empezar a vestirme, lo tengo decidido. Y la pregunta que me enloquece: ¿A dónde vamos a volver luego de la cuarentena? ¿Va a haber dónde volver? Muchos no van a tener empleos, trabajos, seres queridos, donde volver.

Me entusiasmo con la producción de textos sobre La Pandemia con mayúsculas. Leí bastante de “Sopa de Wuhan” (Amadeo, 2020) y de “La fiebre” (Svampa et al., 2020). Descubro expresiones novedosas como “el Leviatán sanitario” o “el virus semiótico”, además de excesivas –para mi gusto- profecías orwellianas. Me gusta Zizek con su teoría del final de Kill Bill II, la “Técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos” contra el sistema capitalista mundial. Mis amigos, los grupos de discusión con los que compartimos las primeras noches de insomnio, me definieron como pesimista por no compartir las posibilidades y las promesas que proyecta alejarnos de una “normalidad” que nos cobijaba y que ya no estará más. No tengo el olfato suficiente para intuir en el virus una puerta. Pero no sé si lo que me detiene para levantar tan tempranamente la bandera del optimismo es el miedo paralizante o una profunda tristeza, una angustia grande que me hace llorar por todo, por los tapabocas en el perchero al lado de la puerta, por la silla con ropa “de la calle”, por la odisea de bajar a hacer las compras. Por el olor a lavandina, por la gente con botellas plásticas en la cabeza y guantes de goma -los naranjas de lavar los platos-. O será la necesidad de la vuelta al abrazo, como dice Jorge.

Me impresiona mi vacío, la mecha corta, el pensamiento corto, sin ideas, sin imaginación, con pocas ganas de nada, con insomnio. Las miserias que se exacerban durante la cuarentena. Los sueños. Hoy, ayer, antes de ayer soñé con una playa amplia, enorme. Bastante, bastante desierta de día y casi completamente propia de noche. El pasaje entre los médanos desde la casa hasta el mar, era mi preferido. -Yo sé, es una playa de pescadores en la que estuve en febrero-. Pero el sueño no era tanto sobre la playa en sí, o no solamente la playa, la imposibilidad del relato lineal que tienen los sueños. Digo, era más el cielo, todo estrellado, ese que cuando lo miraba acostada con la espalda sobre la arena me llevaba a una claustrofobia profunda, a una opresión en el pecho. Las estrellas se me venían encima, brillantes sobre el negro azulado. La luna finita que fue creciendo con los días. Las constelaciones clarísimas. Las tres Marías en el cinturón de Orión, que mi papá me enseñó a encontrar cuando era chica. Y rápido pasó una estrella fugaz. Le pedí un deseo enorme y amplio como la playa, profundo como el cielo asfixiante. Me acuerdo de lo que quise en el sueño. Sueños vívidos, como dice mi amiga Vanina, que me condicionan el resto del día. Sueños que se vuelven recurrentes en la cuarentena.

Me desesperan los cines, vacíos, abandonados. Las vidrieras aún tienen anuncios de “Parasite”, la norcoreana de Bong Joon-ho que se llevó todo en la entrega pasada de los Oscar. Sé bien dónde estaba y qué estaba haciendo durante los premios de la Academia. Imágenes que reaparecen una y otra vez, felices, lejanas. Habíamos ido con Chelo al parque a ver la murga de Saavedra.

El trabajo

El trabajo es un malabar constante. Me siento el piloto de un avión en construcción mientras está en el aire. Los docentes solemos trabajar en diferentes instituciones, privadas y estatales. Algunas instituciones proveyeron herramientas y capacitaciones, en otras las tuvimos que inventar. Durante las primeras semanas de virtualización fuimos aprendiendo que “dar clase” o “tomar clase” en estas condiciones no sería lo mismo, y lo primero que se puso en escena fueron las desigualdades. Desigualdades de todo tipo, pero en especial en cuanto a competencias para adaptarnos a las plataformas, aplicaciones de videollamada,

classrooms, grupos en diversas redes sociales, y en cuanto a recursos y conectividad. En algunos casos, aprendimos que no podíamos transponer experiencias docentes de situaciones de clase media con condiciones privilegiadas.

Los estudiantes a veces responden y a veces no, casi nunca encienden la cámara y termino hablándole a cuadraditos negros. Todo es prueba y error. La necesidad de recuperar el cuerpo, que el virus o el aislamiento nos ha quitado, recuperar la mirada, lo gestual de la clase, del aula. Generar espacios genuinos de intercambio, consulta, repregunta. Qué se puede hacer mejor sin profundizar desigualdades. El trabajo en casa me gusta, de hecho ya no imagino levantarme a las seis, ducharme, trepar a un colectivo, dar clase hasta el mediodía, volver a casa, comer algo, acostarme un ratito, tomar el subte para llegar puntual a la escuela. Trabajar en casa me gusta. Los espacios educativos solían ser la suspensión de otras actividades por un momento pautado y rentado, con equis disponibilidad semanal. Ahora vale todo y me resisto a estar disponible las veinticuatro horas. Se hace necesidad reordenarnos, rever los contenidos y las prácticas, se hace necesidad barajar y dar de vuelta.

Fui a la escuela por primera vez a repartir las cajas de merienda del Gobierno de la Ciudad. Me perdí. Me desubiqué. Llegué a la 9 de Julio y me puse a llorar. En el armario de la dirección tenemos un calendario mensual con Alejandra, la secretaria. Miré abril vacío y la habitación completa comenzó a girar.

Los afectos

Me sigo encontrando con textos sobre la pandemia. Leí uno nacional “El futuro después del covid-19” (Follari et al., 2020) que responde un poco a “Sopa de Wuhan” (Amadeo, 2020) y como siempre se critica a Zizek, que me gusta tanto. Mucha referencia a la gripe española, y a mí ya no me interesa si el virus es una invención contra el capitalismo o contra el neoliberalismo, o el mismísimo fin del mundo. Voy recapitulando y creo que el virus no aísla, ha formado un fuerte lazo colectivo que vence el confinamiento. Lo pienso en relación a las estrategias que estamos probando en las distintas instituciones donde trabajo, y a muchos

otros vínculos. Las videollamadas con mi mamá –casi diarias- o con mi hermana embarazada. Incluso hicimos un encuentro virtual con compañeros de la Maestría, Mateo que es colombiano, Raúl mexicano, Pepe uruguayo. A los tres hacía años que no los veía.

Me acuerdo del cumpleaños del Chino. Los manjares de aromáticas especias, pimienta rosa y jengibre. Los vinos finos degustados -luego de pasar por el decantador-. Estoy casi segura de que fue dos días antes de la cuarentena. El asado en casa de Darío, los chinchulines crocantes como me gustan a mí, ¿y eso qué fue? ¿Una semana antes? Pienso en las risas, pienso en los besos, pienso en los abrazos.

Empiezo a rumiar una idea interesante con los amigos insomnes que acompañan por videollamada, más que lugares donde volver tenemos que construir lugares donde llegar - en realidad se le ocurrió a Ezequiel-. Trato de vislumbrar una puerta en el virus que parecía una cárcel. Empecé yoga -Mica me regaló el mat y me lo mandó por moto-. Dos o tres veces por semana sigo clases por Youtube. Hay lugares del cuerpo –será por pasar tantas horas delante de la computadora- que no sabía que podían doler para luego relajarse. Mantengo en casa la huerta de la escuela. Armé almácigos y crecieron rabanitos hermosos, que al momento de escribir este texto ya fueron trasplantados. Y los copetes, también nacidos de semillas que planté, son las flores que adornan mi balcón. Intercambio escritos con mi hijo mayor, que descubrí que escribe muy bien y me encanta leerlo, me emociona. Y con el más chico perseguimos una serie –interminable de quince temporadas-. Vimos un documental sobre arte urbano, Banksy como protagonista, y acá todos están armando sus propios estencils. También identifiqué mi estado de whatsapp con una obra suya conocida, la nena a la que el viento le lleva el globo en forma de corazón. Después de todo no era el fin del mundo.

Ya no hay lugar para el conflicto, comenzamos a planear viajes con los seres queridos para cuando “todo esto” termine y es una esperanza enorme, un oasis en cada una de esas conversaciones reconfortantes. Las Vegas, San Clemente, Zárate, no importa, se empiezan a dibujar en el mapa. Mis amigos, mis amores, me acompañan. Responsabilidad y compromiso, dos palabras que aprendí en la cuarentena y que me resuenan tan fuerte. Territorios de confianza y de miles de afectos.

Los textos

Tengo la certeza de que el coronavirus también mata “el texto”. “El texto” queda viejo, rancio, desdibujado en esta época de covid-19. Voy hilando y creo que todo es culpa del tiempo que corre distinto, raro, se detiene, se acelera, casi que vuelve para atrás. Me gustaría tener herramientas, recursos para reflexionar sobre el tiempo “real” en temporada de pandemia y aislamiento. Me pierdo, no sé si es martes, jueves, Navidad, el día del padre, feriado, el cumpleaños de alguien amado o el mío propio. Parece que siempre son las once de la mañana, otras veces siempre las cinco de la tarde, y otras veces -en las noches de insomnio- siempre las cuatro de la madrugada y el zorzal que canta temprano. Pero volviendo a la idea sobre “el texto”, releo un Agamben incrédulo, preocupado por las limitaciones a las libertades. Žizek con su triunfo comunista. “Bifo” Berardi sorprendido ante el silencio en las calles y suspendiendo la cena donde tenía que llevar helado. Butler arriesgando sobre las posibilidades igualitarias del nuevo virus, interdependencia global y las obligaciones mutuas, la posición de Trump. Y Byung-Chul Han con una claridad premonitrice desde el principio. Llevo mi diario de cuarentena y mis propios textos quedaron viejos, anacrónicos. Las discusiones, las apuestas, los intentos por pensar qué nos estaba pasando, lo que nos iba a pasar, a dónde íbamos, de dónde veníamos. Mis textos quedaron viejos, digo otra vez y me escandalizo, eso no pasa en dos, tres meses. No puede pasar, no suele pasar, no tendría que pasar. Creo que solamente rescato una o dos ideas. Idea uno: Que este sigue siendo el momento de La Gran Espera. Idea dos: Que daría cualquier cosa por volver a febrero, a la playa, cuando esta demencia se veía por televisión y era algo lejano que no nos iba a llegar.

Durante la cuarentena escribí cuatro capítulos. Los que tenemos la panza llena, estamos calentitos en casa, conservamos el sueldo completo, podemos darnos el lujo de escribir. Armé y desarmé nudos en lo teórico y en lo metodológico. Releí antecedentes, relevé nuevos textos. Resolví el primer objetivo específico -que no es poca cosa-. Las matrices de datos ya son un hecho. Y se viene inminente el campo y la discusión académica que presentó el covid-19 y que mantenemos con mi director. ¿Las entrevistas son entrevistas por aplicación MEET? ¿Qué opina Bourdieu al respecto? ¿Y las observaciones de clases?

Tengo pendiente un encuentro con mi director hace meses ya. La tesis y el doctorado vuelven a estar estancados.

A modo de conclusión

Este texto encierra, honestidad brutal de decirlo, una subjetividad regulada que, sin embargo, no maquilla una actuación. Traté de describir, lo más ordenadamente posible, aquello que me interpeló y me sigue interpelando en estos tiempos tan extraños que nos toca vivir. Lo más crudo, lo más desgarrador y personal, las miserias más miserables siguen atesoradas en mi diario de cuarentena.

Pero cómo podía iniciar, pensar siquiera un intento de escrito sin remitirme a las sensaciones y a los afectos, a las imágenes –deformación profesional seguramente-, al trabajo y a los textos. Dice Bruner (2003) en “La fábrica de historias” que narrar es una actividad que modela la experiencia. La experiencia llega a ser experiencia porque es contada, y así la necesidad de compartir la mía. Porque la experiencia contada se humaniza, de otro modo queda amorfa, sin estructura y confusa. También dice Bruner (2003) que narrar es una forma de aprehender y dar sentido a la realidad, por supuesto será innecesaria la verificación efectiva de las afirmaciones, ya que no hay -como en ningún ensayo- pretensiones de científicidad. No proyecté nunca con este artículo ser cronista de la pandemia, sino modestamente de mi cotidiano durante el confinamiento, seguramente privilegiado ante muchos otros.

Para terminar una o dos reflexiones, que en realidad no son un cierre sino una apertura. Personalmente no puedo dejar de interrogarme sobre cómo hubiera sido -o sería, dado que no termina- la vivencia de “mi pandemia” sin virtualidad, porque sabemos que hay muchos que la están atravesando desconectados, sin recursos, sin accesos, sin conectividad, sin agua, con deudas que se acumulan, con hambre.

La segunda, que es más una invitación, qué experiencias lograron construir ustedes. Digo, en cuanto a los afectos, al trabajo, proponiendo sus propios apartados que no tienen por qué coincidir con los míos.

Y por supuesto la pregunta obligada, la que creo todos nos hacemos. Nos hemos transformado o no, salimos “de esta” igual o no, cómo se erige en nuestras vidas esta bisagra-interrupción de la “normalidad” conocida como punto de partida de lo que vendrá.

Bibliografía

Amadeo, P. (ed.) (2020). *Sopa de Wuhan. Pensamiento Contemporáneo en tiempos de pandemias*. Buenos Aires: ASPO. Disponible en:

<https://www.elextremosur.com/files/content/23/23684/sopa-de-wuhan.pdf>

Bordwell, D. (1996). *La narración en el cine de ficción*. Barcelona, Paidós.

Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derechos, literatura, vida*. México, FCE.

Enriquez, M. (2020). *La ansiedad. Diario de pandemia*. Disponible en:

https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/41725f69-40a0-4229-b7d2-8bc714717cd2/laansiedad?fbclid=IwAR1lBaAdk7y8CXPxPgSNGXbZU_oRCmN4Pdiw6HjLlaGCnlA4lxdTgJeHQrY

Follari, R., Canel, A., Vera, P., Sztulwark, D.; Palermo, V. A.; González, H. (2020). *El futuro después del COVID-19. Jefatura de Gabinete de Ministros*. Disponible en:

<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/112345>

Svampa, M., Cragnolini, M., Ribeiro, S., Aizen M., López, M. P., Rodríguez Alzueta E., Petruccelli, A. (2020). *La Fiebre*. Buenos Aires: ASPO. Disponible en:

<https://www.elextremosur.com/files/content/23/23821/la-fiebre-aspo.pdf>